

noche. Daniel Webster había ido al Senado por la mañana, precisamente cuando se estaba discutiendo sobre la esclavitud, y habiendo hecho una seña al orador, por la que se comprendió que deseaba comunicar algo importante á la Cámara, prodújose al punto el más religioso silencio. Webster, pronunciando lentamente sus palabras, dijo con acento contristado: «Soy portador de una triste noticia, y tengo el sentimiento de anunciaros que el Presidente de los Estados Unidos, general Taylor, está moribundo, y probablemente no acabará el día.» La cámara se afectó mucho al oír esta noticia, y se suspendió la sesión.

El Presidente difunto contaba 66 años de edad, y la muerte le sorprendió sin dejarle tiempo para llevar á cabo los planes que se había propuesto al empuñar las riendas del gobierno. La pérdida de aquel héroe fué en extremo sentida, y las honras fúnebres que se le tributaron revelaban que aunque hubiese muchos que no participasen de sus opiniones políticas, ninguno ponía en duda que el general Taylor era un esclarecido ciudadano amante de su patria, y que había desempeñado siempre sus deberes con el mayor celo y rectitud. El Presidente difunto dejaba dos hijas y un hijo; este último, que llegó á obtener el grado de coronel en el ejército de los confederados, fué muerto en uno de los numerosos combates de la famosa guerra civil, en el año 1864.

Justo será hacer aquí una breve reseña biográfica de Millard Fillmore, que pasaba á ser décimotercero Presidente por la inesperada y sentida muerte del general Taylor.

Fillmore había nacido el 7 de enero de 1800 en Summer-Hill (Estado de Nueva York); su padre, Nataniel Fillmore, descendiente de una familia inglesa, era un modesto labrador, clase muy numerosa en los Estados Unidos, y con sus propias manos cultivaba un reducido terreno de su pertenencia. A causa de la pobreza de su familia, el joven Fillmore sólo recibió al principio una instrucción muy imperfecta en una escuela de pueblo, y á la edad de quince años se le envió al condado de Livingstone, entónces región salvaje, para aprender el oficio de tejedor; y despues fué aprendiz de un cardador de lana en la pequeña ciudad donde su padre habitaba.

Durante los cuatro años que trabajó en este oficio, aprovechaba todos los ratos de ocio para cultivar su espíritu, consagrando sus veladas á la lectura.

Tenia ya 19 años cuando trabó conocimiento con un juez del condado, persona rica y distinguida, que creyó reconocer en el humilde aprendiz una rara inteligencia, propia para hacerle aspirar á una posición más elevada. El juez se interesó por el joven Fillmore, ofreciéndole darle ocupación en sus oficinas, y pagarle los gastos que ocasionaran sus estudios. El joven, profundamente agradecido, aceptó la generosa oferta del juez, consagróse con el mayor ardimiento á sus libros, y á fin de disminuir en lo posible los sacrificios de su protector, consagró una parte de su tiempo á dar lecciones en una escuela.

En 1821, Fillmore marchó á Búfalo para continuar sus estudios, y en 1823 se recibió de abogado. Ya tenía abierta la carrera; sus recursos y su reputación se extendieron poco á poco; y en 1829 comenzó su vida política, cuando se le envió á la asamblea de Nueva York como representante del condado de Erie. Perteneciendo al partido federal, hallóse entónces en la oposición, y no tuvo muchas ocasiones para distinguirse, porque en aquel país, el partido que está en mayoría ó que ocupa el poder es el que más figura. Sin embargo, su probidad y su modestia conciliáronle el aprecio general.

La prisión por deudas en el Estado de Nueva York había llegado á ser una especie de calamidad pública; pero muchas personas interesadas defendían esta cuestión. Fillmore tomó una parte muy activa en los debates que tenían por objeto estirpar el abuso, y su lógica y sus esfuerzos triunfaron al fin, habiendo quedado suprimida desde entónces la prisión por deudas en Nueva York.

En 1832, Fillmore fué elegido representante en el Congreso, pero como no figuraba en la mayoría, tampoco pudo esta vez representar un papel importante.

Terminada la legislatura, Fillmore volvió á continuar sus trabajos de abogado; pero poco despues, cediendo á las instancias de sus compatriotas, volvió al Congreso en 1837. Fué reelegido en las dos legislaturas que se siguieron, y entónces se distinguió por su capacidad para los negocios, por la rectitud de su juicio y por la elegante facilidad en la palabra.

En 1841 rehusó las ofertas de sus constituyentes, que deseaban enviarle otra vez al Congreso, pues érale forzoso continuar en el ejercicio de su profesión á fin de atender á sus necesidades particulares, porque su fortuna

distaba mucho de estar al nivel de su nombramiento. Pocos años le bastaron para redondearse, y en 1847 se le nombró por una gran mayoría para el importante cargo de administrador de Hacienda. Cuando desempeñaba estas funciones, los federales le propusieron como candidato para la vicepresidencia de los Estados Unidos, y habiéndosele aceptado, presentó la

dimisión de administrador para desempeñar sus nuevas funciones.

A pesar de todo, la carrera de Fillmore, por más que se diga, no había sido notable por ningún concepto; sólo fué en la moderna historia de América el ejemplo de uno de esos muchos casos en que un mediano político alcanza una elevada posición en la república por su



MILLARD FILLMORE

Décimotercero Presidente de los Estados Unidos

buena estrella, ó por algun inesperado accidente; miéntras que otros hombres de verdadero genio no consiguieron jamás llegar á tanta altura á pesar de sus esfuerzos, ó rehusaron darse á conocer en lo que valían.

Al encargarse Fillmore de la Presidencia hubo un cambio de gabinete, porque todos los que formaban el del general Taylor presentaron su dimisión; pero el que le sucedió se componía también de personas ilustradas y bien conocidas, que inspiraron confianza así en el interior como en el exterior.

El primer mensaje del Presidente Fillmore, muy concienzudo, excitó bastante interés, sobre todo porque en él se proponían útiles medidas para el país, entre las cuales aconsejábse la organización de varios regimientos de caballería para proteger las fronteras de Nuevo México y reprimir las depredaciones de los indios; la revisión del código; el establecimiento de faros, y el nombramiento de un tribunal que entendiese en las reclamaciones dirigidas al gobierno. En cuanto á la parte política, muchos la criticaron; pero otros aprobaban el modo de

ver del Presidente, que en su manifiesto indicaba la resolución de apoyar la ley sobre esclavos fugitivos, sin duda porque no tenía suficiente fe en el orden moral del mundo para comprender que la legislación sobre la esclavitud estaba preparando infaliblemente el camino para producir una espantosa convulsión que más tarde debía conducir al país á un período de angustia, de sangre y de lágrimas.

Durante la administración de Fillmore se admitió á California en la Unión como nuevo Estado, lo cual se consideraba como una magnífica adquisición, atendida la inmensa riqueza de aquel territorio. Sabíase ya que en California había minas de oro, pero las noticias que llegaban continuamente respecto á sus riquezas, creyéronse en un principio exageradas. Sin embargo, no se tardó en saber positivamente que las de aquel territorio sobrepujaban á cuanto se decía. El terreno de Sacramento, según testimonio de los que le habían visitado, estaba lleno de pepitas auríferas; y otros ríos arrastraban el oro en sus aguas; añábase que los torrentes que bajaban de las montañas acarreaban el precioso metal, y que todos los habitantes del país ocupábanse en recoger aquellos repentinos tesoros. Según noticias recibidas del país, siete hombres, después de haber trabajado seis semanas y dos días, ayudados de cincuenta indios, halláronse dueños de doscientas setenta y cinco libras de oro puro. Los ensayadores americanos que habían reconocido el precioso metal, aseguraron que era de primera clase. En una carta recibida también de California, decíase que un hombre solo había reunido dos libras y media de oro en quince minutos, y esto sin más que lavar con agua la tierra que había recogido. Ya se comprenderá que todas estas noticias bastaron para que muchos ciudadanos emigraran al fabuloso país, donde muy pronto viéronse mezcladas todas las clases de la sociedad, hombres instruidos, aventureros, marinos, soldados, indios, traficantes, y toda la hez de las poblaciones. El gobierno de los Estados Unidos había enviado ya ántes una comisión para que informase sobre el estado de aquel rico territorio.

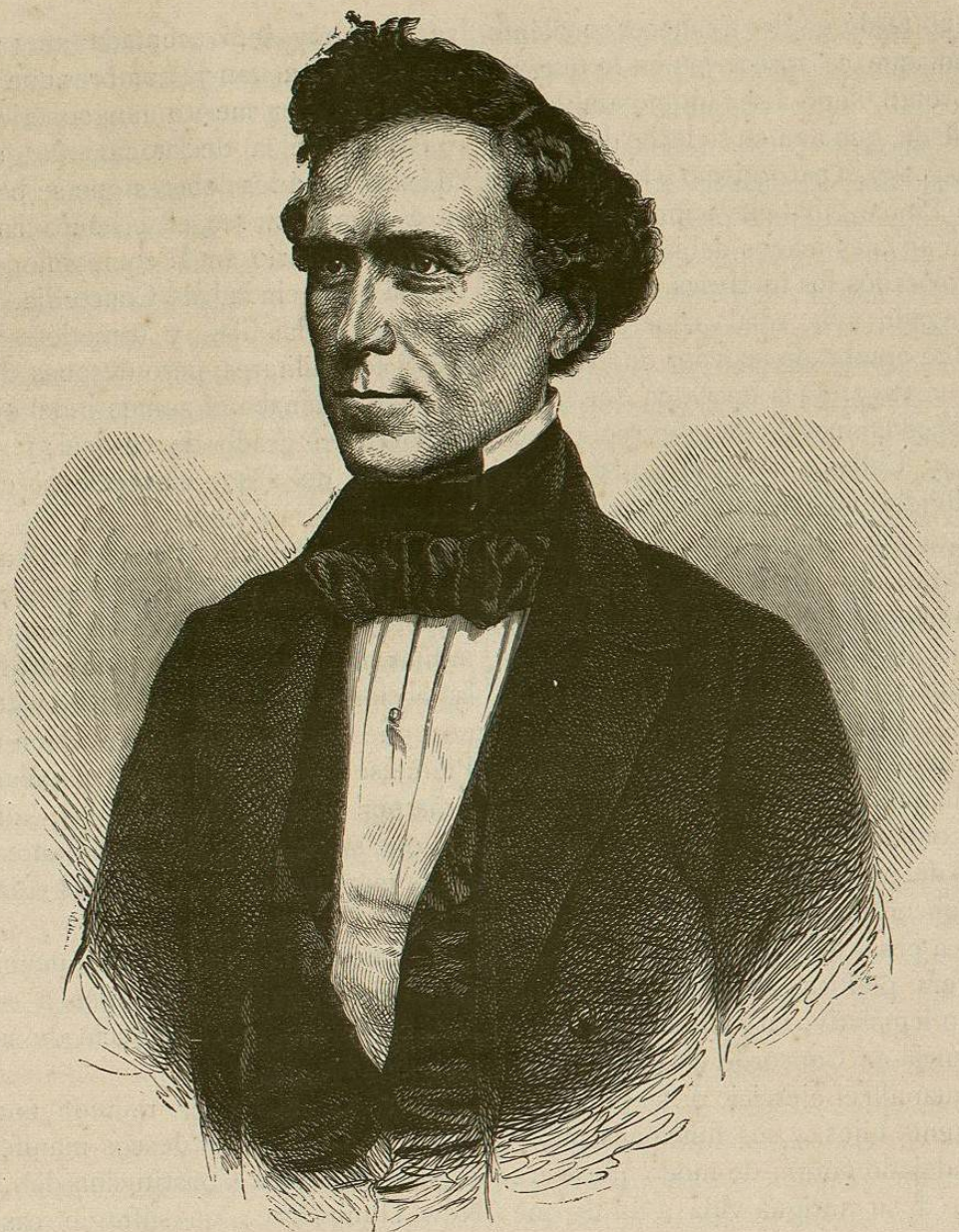
El producto de las minas no se podía calcular con exactitud; pero lo cierto es que durante un largo período aumentaba todos los años, llegando á ser enorme la cantidad de oro introducida en la circulación general del mundo. Calculábase que en 1850 no bajaba de cuarenta y ocho millones de duros el valor de lo que se recogió. En 1852, el oro embarcado en los vapores que salió de San Francisco había ascendido á la suma de cincuenta y seis millones de duros.

Francia é Inglaterra habían propuesto á Fillmore que su gobierno se asociara á un tratado cuyo objeto era proteger en el presente y el porvenir á la isla de Cuba contra una revolución interior ó agresiones exteriores; pero la proposición no fué aceptada, por efecto de las secretas miras de los federales, que se proponían halagar las pasiones de sus partidarios.

El aumento en el número de Estados y territorios había llegado á ser tan considerable durante el gobierno de este Presidente, que la capital Washington era ya demasiado reducida para las necesidades de la nación, y en su consecuencia, Fillmore aconsejó un nuevo ensanche que fué aprobado por unanimidad.

La administración de Fillmore terminaba el 3 de marzo de 1853, y el Presidente presentó la dimisión del cargo que había estado desempeñando tan dignamente por espacio de tres años. Aquel fué un importante período de la historia americana, y todos los hombres de recto juicio convinieron en que durante su gobierno Fillmore había sabido conservar la dignidad y el honor de la nación en sus relaciones con las potencias extranjeras, procurando al mismo tiempo adoptar siempre las más acertadas disposiciones para la conservación de la paz y la buena inteligencia en los Estados Unidos. La mayoría del país demostró su satisfacción, tributándole los elogios que merecía.

Fillmore se retiró de la vida pública, y en 1855 emprendió un viaje á Europa, deteniéndose principalmente en Inglaterra y Francia, donde se le trató con todas las consideraciones debidas al que había ocupado el primer cargo en la república americana.



FRANKLIN PIERCE

Décimo cuarto Presidente de los Estados Unidos

Franklin Pierce, nacido en Hilleboroug (Nueva Hampshire) el 23 de noviembre de 1804, era hijo de Benjamin Pierce, que se había distinguido por su valor y sus servicios durante la guerra de la independencia, habiéndose retirado en 1784 con el grado de capitán. Como no tenía más medios de subsistencia que su trabajo, compró un terreno y se hizo labrador.

El joven Pierce recibió una buena instrucción en el colegio de Bawdoin y en el de Brunswick, y como deseaba seguir la carrera de abogado, consagró tres años á sus estudios profesionales, tanto en Portsmouth como en Northampton. Antes de terminar el año 1837 obtuvo el título de abogado; pero hasta después

de trabajar algunos años con infatigable asiduidad, no comenzó á darse á conocer y á conquistar una merecida influencia. A ejemplo de la mayor parte de los abogados jóvenes, el atractivo de las luchas políticas le indujo á presentarse en el palenque para medir sus fuerzas. Su padre era un demócrata pronunciado, y él abundaba en los mismos principios; de modo que su ambición parecía natural.

En 1829, Franklin Pierce fué elegido diputado en la legislatura de New Hampshire, de la cual llegó á ser Presidente en 1831, y allí se hizo notar por su viva inteligencia, su buen criterio, su finura y cortesía.

En 1833 se le eligió representante en el Congreso, cosa rara para un hombre de su